



# La Santa Sede

---

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
AL CARDENAL WALTER KASPER  
Y A LOS PARTICIPANTES EN LA SESIÓN PLENARIA  
DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA LA PROMOCIÓN  
DE LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS**

*Al venerado hermano señor cardenal  
WALTER KASPER  
Presidente del Consejo pontificio  
para la promoción  
de la unidad de los cristianos*

1. Le dirijo con afecto mi saludo a usted y a todos los participantes en la sesión plenaria del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, dedicada a un tema muy significativo: "Comunión: don y compromiso. Análisis de los resultados de los diálogos y futuro de la búsqueda ecuménica".

Espero fervientemente que también esta importante reunión contribuya a hacer que avance el camino ecuménico hacia el restablecimiento de la unidad plena de todos los cristianos, prioridad pastoral que siempre ha estado presente en mi corazón desde el inicio de mi pontificado. En efecto, al comenzar mi ministerio petrino quise acoger plenamente la invitación del [concilio Vaticano II](#) a comprometer a la Iglesia católica "*de modo irreversible* a recorrer el camino de la acción ecuménica, poniéndose a la escucha del Espíritu del Señor, que enseña a leer atentamente los "signos de los tiempos"" (*Ut unum sint*, 3).

"Los signos de los tiempos". La Iglesia católica, consciente de que "creer en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer a la Iglesia" (*ib.*, 9), no deja de recorrer confiada este camino difícil, *pero tan lleno de alegría*, que conduce a la unidad y la comunión plena entre los cristianos (cf. *ib.*, 2). ¡Cuántos *signos de los tiempos* han estimulado y sostenido nuestro camino durante los decenios que nos separan del Concilio y en el comienzo de este

nuevo milenio! Las mismas celebraciones ecuménicas que articularon el gran jubileo del año 2000 ofrecieron *signos proféticos y conmovedores*, y "nos hicieron tomar una conciencia más viva de la Iglesia como misterio de unidad" (*Novo millennio ineunte*, 48).

Y ¿qué decir también de los numerosos *signos alentadores* que ofrece la investigación teológica realizada en el ámbito de las mayores Iglesias y comunidades eclesiales? Las comisiones internacionales de diálogo, con paciencia y constancia, venciendo a veces el desaliento y la desconfianza, han llegado a resultados de convergencia que, aun siendo intermedios, constituyen una sólida base sobre la que hay que proseguir la búsqueda común. Además, se multiplican en ámbito nacional iniciativas de diálogo, estudio y reflexión, que demuestran cuán provechosos son estos intercambios: ayudan a conocerse mejor y a confrontar las respectivas posiciones con caridad, propiciando una rápida difusión de los resultados en esta época de comunicación *en red*.

La recepción de los resultados y la consiguiente acentuación de la dimensión ecuménica en la catequesis, en la formación y en la diaconía, representan también un *binomio* providencial, que seguramente dará consistencia a los esfuerzos ecuménicos realizados hasta ahora. De la prontitud de este compromiso eclesial depende la posibilidad de entrar cada vez más en el *dinamismo de enriquecimiento mutuo entre las comunidades eclesiales*, que ya hemos recibido como don y que es fuerza propulsora hacia la *koinonía* plena.

2. "Es la primera vez en la historia que la acción en favor de la unidad de los cristianos ha adquirido proporciones tan grandes y se ha extendido a un ámbito tan amplio. Esto es ya un don inmenso que Dios ha concedido y que merece toda nuestra gratitud" (*Ut unum sint*, 41). He experimentado personalmente este don en las peregrinaciones apostólicas, durante las cuales los miembros de otras Iglesias y comunidades eclesiales a menudo han realizado conmigo muchos signos de auténtica y fraterna caridad. Así, he podido verificar el grado de comunión existente entre los cristianos, confirmando mi convicción de que saber "acoger" al hermano, llevar sus cargas y confiarle las nuestras contribuye a crecer en la *espiritualidad de comunión*, que debe caracterizar toda nuestra conducta y, con mayor razón, nuestra conducta ecuménica.

Dos orientaciones deben guiar siempre este esfuerzo: *el diálogo de la verdad* y *el encuentro en la fraternidad*. Son orientaciones que se han fundido prácticamente en un todo orgánico, permitiendo recorrer, gracias a su intercambio, un largo camino: hemos determinado más claramente el objetivo, hemos buscado los medios para perseguirlo eficazmente, y hemos establecido normas y principios capaces de sostener el compromiso ecuménico de la Iglesia católica. En particular, solicitamos la presencia de los demás cristianos. En todas las circunstancias solemnes y significativas, cuando afrontamos dificultades u obstáculos, viene en nuestra ayuda la *fraternidad recuperada*, estimulándonos a la actitud fundamental de conversión que abre el corazón al perdón. No sería posible de otro modo, porque ya nos hemos intercambiado muchas veces la promesa de perdonarnos, abandonando en las manos misericordiosas de Dios las memorias y las culpas del pasado.

¡Sí! Por desgracia, aún no se ha logrado la comunión plena de todos los cristianos, ni podemos saber qué desarrollo querrá imprimir el Espíritu Santo a la búsqueda ecuménica en los próximos años. Pero es innegable que hemos recorrido un largo trecho del camino y que, con respecto al pasado, es muy diferente el clima que reina hoy entre los católicos y los cristianos de las demás Iglesias y comunidades eclesiales. Iniciamos el tercer milenio conscientes de encontrarnos en una situación nueva, difícilmente imaginable hace tan sólo cincuenta años. Hoy sentimos que ya no podemos prescindir de este esfuerzo que nos une. Que el Señor nos ayude a conservar el tesoro de lo que se ha realizado hasta ahora, a custodiarlo con esmero y a acelerar su desarrollo.

Debemos hacer de este tiempo intermedio, por decirlo así, una ocasión propicia para intensificar el ritmo del camino ecuménico.

3. El tema elegido para la plenaria pone de relieve, entre otras cosas, que los diálogos teológicos que se están realizando ahora convergen, en varios niveles y con diversos matices, en el concepto clave de "comunión". Esto corresponde a la visión del concilio Vaticano II y muestra el núcleo fundamental de sus documentos. Profundizar el sentido teológico y sacramental de la noción de "comunión" equivale, en el fondo, a volver a confirmar las enseñanzas conciliares como brújula del compromiso ecuménico en el nuevo milenio. Al profundizar la investigación y el debate sobre este tema, la teología ecuménica afrontará el aspecto más difícil. El esclarecimiento de una verdadera noción eclesial de "comunión", purificada poco a poco de matices antropológicos, sociológicos o simplemente horizontales, hará posible un enriquecimiento recíproco cada vez mayor.

Ojalá que cada uno viva el diálogo ecuménico como una peregrinación hacia la plenitud de la catolicidad que Cristo quiere para su Iglesia, armonizando la pluralidad de las voces en una sinfonía unitaria de verdad y amor.

Estoy seguro de que en el intercambio de dones, al que el movimiento ecuménico nos ha habituado, en la investigación teológica rigurosa y serena, y en la constante imploración de la luz del Espíritu podremos afrontar también las cuestiones más difíciles y aparentemente insuperables en nuestros numerosos diálogos ecuménicos, como, por ejemplo, la del ministerio del Obispo de Roma, sobre la que me pronuncié de modo particular en mi carta encíclica *Ut unum sint* (cf. nn. 88-96).

4. El camino es largo y arduo. El Señor no nos pide que midamos las dificultades con categorías humanas. Hoy existe una perspectiva nueva, profundamente diversa con respecto al pasado aún reciente: demos gracias a Dios por ello. ¡Que esto infunda valentía e induzca a todos a eliminar del vocabulario ecuménico palabras como crisis, retraso, lentitud, inmovilismo y componendas!

Aunque soy consciente de las dificultades actuales, invito a usar como palabras clave para este tiempo nuevo confianza, paciencia, constancia, diálogo y esperanza. Y quisiera añadirles también

el impulso a actuar. Me refiero aquí al fervor suscitado por una buena causa, ante la cual nos sentimos estimulados a buscar los medios para sostenerla, cultivando la creatividad y, a veces, también la valentía de cambiar. La conciencia de servir a una buena causa funciona como fuerza propulsora que impulsa a implicar también a los demás a fin de que la conozcan y se unan a nosotros para apoyarla. El impulso a actuar nos hará descubrir cuántas cosas nuevas es posible hacer para sostener la tensión común hacia la comunión plena y visible de todos los cristianos.

Pero con esto no quiero sugerir simplemente la actitud de Marta que, según las palabras de Jesús, se preocupaba y agitaba por muchas cosas, descuidando el escuchar sus enseñanzas (cf. *Lc* 10, 41). En efecto, es indispensable la oración y la escucha constante del Señor, porque es él quien, con la fuerza de su Espíritu, convierte los corazones y hace posible todo progreso concreto por el camino del ecumenismo.

Expresando mis mejores deseos de que la sesión plenaria de este Consejo pontificio ofrezca sugerencias importantes para la reflexión con vistas al trabajo futuro, encomiendo al Señor todos vuestros proyectos. A él le pido, por intercesión de María, Madre de la Iglesia, que ayude a todos los cristianos a trabajar siempre según el mandamiento de la unidad, que él mismo nos dejó en el Cenáculo: "*Ut unum sint*".

Con estos deseos, le envío a usted y a cada uno de los participantes en esa importante reunión una especial bendición apostólica.

*Vaticano, 10 de noviembre de 2001*

**JUAN PABLO II**